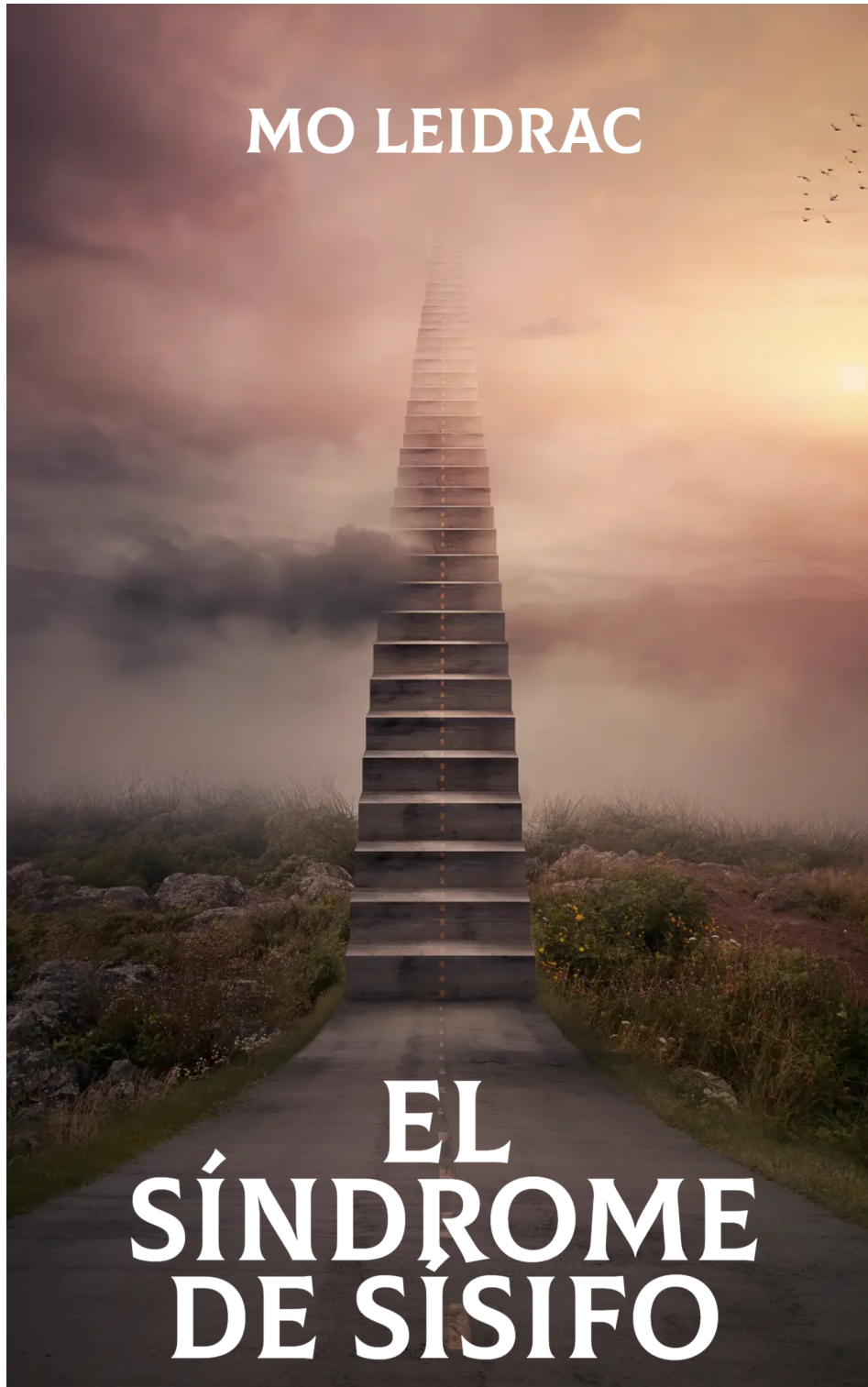


El síndrome de Sísifo

Mo Leidrac



Capítulo 1

Parte 1 - Cuesta abajo

Yo tenía una casa con jardín. Siempre lo había planificado así. A su alrededor, los Iris laevigata, las bergenias (nunca llegué a saber como se llamaban aquí) y distintas variedades de hiedra se extendían con brevedad a la sombra de dos olmos. Un jugoso rincón cuajado de hermosos lirios silvestres, que aparecían a mediados de abril. Por lo visto los habíamos comprado, sin saberlo, junto con la propiedad. Dormían en las entrañas de nuestro pedazo de tierra, pero asomaban también más allá de sus límites. Por todas partes en el pueblo. Delicados entre aquellas hojas tan elegantes. Todavía me acompaña su dulce imagen, velada del sol pálido de la mañana portuguesa. Recuerdo el horizonte neblinoso o el firmamento cuajado de nubes blancas, las carreteras húmedas y las gentes sencillas y algo hurañas de Espinho. Pero lo que más vuelve a mi memoria, desde hace un tiempo, es la casa, rancia, pintada a partes iguales de color ocre y teja, con sus mezquinas ventanas y sus muros tan gruesos. Pensar en su biblioteca penumbrosa, en el olor de los libros y en la chimenea, me causa dolor. Cada detalle encajaba en la visión de lo que debía ser mi vida con una perfección pasmosa. La lámpara modernista era exactamente la que yo había deseado colocar encima de aquel escritorio de nogal, desde hacía años. La había comprado cuando el germen de aquella casa tan sólo existía en mi imaginación y había viajado conmigo, junto con todo el bagaje de mis caprichosas pertenencias. Y realmente derramaba sobre mi escritorio la luz vieja que había soñado, cuando paseaba ociosamente por las calles ruidosas de Barcelona. La quietud que pesaba sobre cada rincón era la que yo me había prometido algún día. El fluir de los días se remansaba en su regazo, mientras mis dedos, sobre el teclado del ordenador, les pisaban los talones a un montón de pensamientos bastante salvajes. El fuego en la chimenea, la taza de chocolate humeante sobre el escritorio, el día gris más allá de los cristales de la ventana. Evidentemente que podía escribir sin aquella parafernalia, pero yo, al fin, había conseguido reunirlo todo a mi alrededor como en una postal. Aquel era mi escenario, con sus papeles, su desorden y el familiar aroma de todas y cada una mis horas perdidas, rezumando de las paredes. Sé que ahora lo recuerdo especialmente cálido, acogedor y deseable en la melancolía de la ausencia. Cuando me desplomaba sobre el sillón orejón o tropezaba con mis zapatillas o veía mi rostro reflejado en los cristales sucios de lluvia, era un estudio a secas, un lugar donde matar el tiempo, como cualquier otro. Arturo abría la puerta y asomaba su cabeza calva, adornada con esa sonrisa comedida que me hacía sentir por dentro que todo estaba bien. También él se funde con los recuerdos de la casa, con la misma robustez, con la misma calidez de los muebles de madera. Yo disfrutaba del campo, de la casa asediada por aquel jardín pujante y de los muebles de roble macizo. Y de Arturo. Al menos al principio. Todo formaba parte del mundo que me había forjado según lo

que yo creía que debía ser mi vida. Encajaba en un equilibrio perfecto que me hacía sentir muy satisfecha de mí misma. Los sueños que se realizan no nos decepcionan. Ahora me parece que somos nosotros quienes decepcionamos a nuestros sueños. En aquella época creo que llegué a ser feliz. La única fisura en esta angélica ecuación fue que, quizá, yo no quiero ser feliz.

No recuerdo aquella mañana en concreto, pero puedo reconstruirla con la serenidad y el alejamiento que me proporcionan el tiempo y el vicio de fabular. Haciendo un esfuerzo, puedo sentir aún las sábanas cálidas envolver mi cuerpo medio dormido, en el preciso momento en que el timbre sacudía la casa en penumbra y el aire se estremecía a mi alrededor. Puedo imaginar los cabellos rizados deslizarse entre mis dedos, cuando me pasé la mano por la cabeza con una queda maldición, y sentir el vacío tibio de Arturo, cuando dejé caer mi brazo al otro lado de la cama. Reconocer la pereza melancólica de las siete de la mañana y también la urgencia ineludible de abrir la puerta. Aquella mañana el timbre sonó dos veces. Con bastante torpeza emergí desde el abrazo de las sábanas a un día nuevo. Me envolví en la bata y sentí un agradable cosquilleo en la piel, mientras descubría a través de las ventanas que se asomaban al jardín, las nubes blancas, ribeteadas de una corola resplandeciente. En la planta baja, aún sombría, el enorme reloj de pie (siempre había deseado tener uno) me indicó servicialmente que eran las siete y media y, antes de abrir, me alisé los cabellos intentando darles una forma más o menos coherente. Una bocanada de aire se coló, caracoleando, por la puerta abierta y sus dedos fríos, entre los resquicios de mi bata. Un muchacho se erguía como una aparición a la luz del amanecer. Enmarcado en el vano de la entrada me pareció extraño, como un ángel vengador, pensé, porque era joven y hermoso. Le sonreí con cierto sentimiento de regocijo. Ese que producen los pensamientos secretos, cuando nadie más puede descubrirlos. El cielo era una interminable pradera de nubes entrelazadas y claros tan profundos como pozos de color cobalto.

—¿Desde cuándo se entregan los periódicos en mano? —chapurreé medio en castellano, medio en portugués.

Tropecé con unos ojos de un azul tan intenso que mis palabras parecieron deshacerse en sus entrañas. Me di cuenta de que le estaba mirando desde hacía unos segundos, sin decir nada, como tantas otras veces, vagabundeando por mi mundo particular de vacuas elucubraciones literarias. Retorné a un nivel más prosaico.

—Oye, ¿tú eres nuevo?

El joven me tendió en silencio La Vanguardia, El País y El Mundo, que, hasta aquel día, cada mañana esperaban pacientemente a Arturo en el buzón de la reja. Estaban arrugados. El País estaba un poco rasgado en las páginas exteriores. La mirada marina del repartidor se fijó en la mía y

atrajo mis ojos una vez más, como un imán.

Hice un mohín, porque de repente el viento se hizo más presente y su caricia me erizaba la piel con su mano invisible.

—Buenos días —dijo en aquel instante el muchacho. Y sonrió como quien ha llegado a un punto necesario.

Que repartidor de periódicos más peculiar.

La sonrisa del joven se hizo algo sinuosa y sus ojos parecían también demasiado penetrantes. Estaba embotada, en parte por el sueño, en parte porque no entendía bien lo que pasaba.

—Hasta mañana —se despidió el joven.

Yo le contemplé alejarse en su bicicleta, bajo la capa enorme de nubes que debía cubrir el mundo entero. Hasta más allá del horizonte. Observé testarudamente como el joven pedaleaba, hasta que se lo tragó la curva gris-oscura de la calzada.

Cerré la puerta y tras ella dejé un día que aún no tenía forma definida. Empecé a pensar sobre ello, mientras untaba mantequilla en mi tostada, concentrándome en cada preciso gesto. Cada uno de ellos tenía una finalidad bien definida, al igual que debía tenerla cada uno de mis actos. Había llegado a un punto muerto, a partir del cual mi vida debía seguirme a mí y no al revés. Casi me daba vértigo. La puerta de la calle se abrió y se cerró de golpe. Arturo me saludó de camino a la ducha y Samsagaz se echó a mis pies, cansado de correr.

—Buenos días, Sam.

En el preciso instante que la tostada crujía bajo mis dientes, Arturo entró en la cocina envuelto en una nube de lavanda inglesa. Antes de sentarse, se inclinó por encima de la mesa y me besó la nariz. Yo cerré los ojos, con una sonrisa ciega y totalmente introspectiva. Para disfrutar mejor de aquel presente. Después interpose entre nosotros los periódicos arrugados.

—Toma. Aunque te parezca mentira, entregados en propia mano.

Detrás de sus gafas, las cejas de Arturo se elevaron apenas un milímetro. Incluso esos minúsculos gestos suyos me hacían sentir segura.

—Pues podían tener más cuidado —se quejó, contemplando el periódico con desagrado.

—Que más da. Se leen igual y luego se van directos a la basura.

—Pero yo todavía no soy el cubo de la basura. Me gusta que las cosas sean como tienen que ser —murmuró, ya casi absorto por completo en la lectura de la actualidad política española. Precisamente la parte que yo me saltaba sin el menor pudor.

—Ni más, ni menos —me avine, con una sensación inesperada de diversión.

En ese momento, me invadió un deseo desbordado de lanzarme sobre Arturo y ahogarme en lavanda, pero era sólo una idea. Los coletazos de Samsagaz golpeaban sincrónicamente contra el terrazo, como el latido de nuestra existencia en común. Rápidamente me levanté en busca de un lápiz y anoté la frase.

—¿Algo bueno? —me preguntó Arturo por encima de la Vanguardia desplegada.

Mis ojos se pasearon por la pared, sin fijarse en nada en concreto.

—No precisamente para una historia de enanitos. Pero la idea era interesante.

—Mm...

Al mirarle, no pude reprimir una sonrisa torva que se me escapaba del centro del estómago.

—¿Crees que debería arriesgarme a escribir algo más trascendente?

Arturo dejó a un lado el periódico y le dedicó una meticulosa atención a su desayuno. Manejaba el cuchillo y el tenedor como si empuñara un par de bisturís. Me fascinaba. Como cada día, todo, incluido Arturo, estaba en el lugar correcto, pero aquella mañana, además, se me antojaba gracioso. Estaba de buen humor.

—No sé. Tienes buena mano con los "enanitos" y además a ti te encantan ese tipo de historias. —Entonces, durante tres segundos exactos hubo una pausa—. Y, a propósito, ¿qué entiendes tú por algo trascendente?

"Está bien," pensé, aceptando el desafío, "esta mañana Arturo ha desenvainado la espada más temprano que de costumbre".

—Las contradicciones humanas. El absurdo, más allá de las estructuras sociales y morales que forjan los hombres en esta sociedad artificiosa... Sí — añadí jugueteando con los restos desmigados de la tostada—, siempre

he sentido debilidad por ese tema, en realidad.

—Grandes temas... —asintió Arturo y yo sabía que se burlaba de mí, pero guardé silencio, porque estaba segura de que no había terminado. El hombre a quien amaba se quitó las gafas y me miró y sus ojos parecían más inexpresivos.

—Sé que necesitas escribir sobre... ciertos aspectos de la existencia humana que te causan miedo. Bueno, como a todos en realidad.

—Limpiamente ensartada en el tenedor, la porción justa de pan de molde tostado y queso voló hacia su boca y desapareció—. Pero no sé si estás preparada. No tienes un pensamiento estructurado, un camino mental concreto que te permita expresar lo te atormenta. Tan sólo un sentimiento iconoclasta.

—Tienes la cabeza cuadrada — y apoyé mi mejilla en la palma de la mano.

—Y tú eres una salvaje — me respondió Arturo.

Entonces nos sonreímos.

—Pero ya sabes que esto no quiere decir que te dé la razón — continué.

—Lo sé, cariño. Sé que serías capaz de escribir un libro maravilloso sólo para llevarme la contraria. Además, ¿trascendente? —exclamó de repente—. ¿Según los parámetros de quién? ¿De una sociedad que consideras absurda? Tú misma te contradices.

Me levanté de la silla.

—Como siempre — admití, mientras abandonaba la mesa—. Ya no sé si quiero escribirlo porque quiero escribirlo o sólo porque es lo que se espera de un escritor serio. Pero me gusta contradecirme.

Cuando salía de la cocina hacia el jardín, apenas alcancé a oír en un murmullo, parapetado tras El Mundo:

—Que dios nos coja confesados.

Salí a la parte delantera del jardín. El joven de los periódicos pasó por la carretera hacia Espinho. Detuvo su bicicleta y se quedó mirando en mi dirección, con sus tejanos rotos y su silueta esbelta e insolente. Sus cabellos castaños relucían al calor de un fugaz destello de sol. Después siguió su camino. Pero el aire me envolvía tan plácidamente, discurría aquel húmedo día de otoño de forma tan conocida, por los senderos que había hollado cien veces antes, que nada podía inquietarme aquella mañana, imbuida de ese clima espiritual, abierto y magnánimo, merced al

cual todo a nuestro alrededor se nos antoja aceptable y bueno, por el simple hecho de acontecer y de que estamos vivos. Corrí hacia el interior de la casa, para buscar lápiz y papel antes de olvidar lo que acababa de decirme. Sin embargo, fue inútil. Cuando enarbolé el lápiz ante la hoja en blanco aquella sensación se había desvanecido. Recordaba las palabras, pero ahora estaban desnudas y me parecían una gilipollez.

"Reconocer que Arturo tiene razón sería un signo de madurez ", medité ante la hoja en blanco. "Ni siquiera sé que es lo que quiero escribir". Sin embargo, el espíritu de contradicción que llevaba a cuestas desde que tengo uso de razón me forzó a decir. "Pero, ¿es qué no es mejor así? ¿Qué escribir sea un misterio, un acto de libertad absoluta? ¿He de renunciar a mi naturaleza desordenada sólo para poder materializarla en una obra inteligible para el resto de la humanidad?" ¿Hasta que punto debía hacer concesiones? Y la respuesta surgía de forma automática. "Ninguna concesión". Sonreí, porque Arturo siempre tildaba mi comportamiento de infantil. Quizá tenía razón. Aunque yo prefería pensar que se trataba de cierto tipo de inocencia. Sentía una despreocupación por las complicaciones del mundo digna de Adán y Eva en el paraíso terrenal. Visto esto, Arturo se había atribuido el papel de mentor y a mí, como contrapartida, me había caído encima la inmensa losa de ser su pupila. Arturo decía que quería hacerme madurar, pero en realidad quería domesticarme (¿No viene a ser lo mismo?). Por un tiempo, creo que estuvo seguro de haberlo conseguido. Yo le amaba. También llegué a pensar que lo había conseguido.

Arrugué la hoja y la lancé al cesto. Recuperé del fondo de un cajón el original en castellano de Ixânfâgorn, La Tierra de Fuego. Sopesé el manuscrito. Tantas ideas amontonadas, unas sobre otras, que ahora ya no sabía de donde habían salido. Pasé los dedos por las hojas, casi sorprendida por mis propias historias. Tapicé con ellas el suelo de la habitación y me trasladé a la cama, pisando sobre parajes fantásticos, poblados de duendes, fuerzas misteriosas y fabulosas espadas. Apreté la mejilla contra la almohada y contemplé las páginas esparcidas. "No tengo un razonamiento estructurado. Me disgustan las estructuras. Odio los cajones de la mente donde las ideas amarillean y mueren". Arturo hubiera esgrimido una réplica axiomática para desmontar todo este sinsentido en el que me regodeaba y a su ajustada argumentación yo no hubiera podido oponer ni palabras ni ideas, sólo sentimientos viscerales. "Pensando así no puedo hacer otra cosa que escribir cuentos de enanitos. Mis no-razonamientos son más propios de un país de hechiceros y místicos". Entonces Arturo apareció engalanado con una coraza de plata labrada, sobre un caballo blanco de airosas crines. Sus ojos brillaban con la llama sagrada del espíritu iluminado. El hermoso caballo se encabritó sobre sus cuartos traseros y Arturo me apuntó con su fulgurante espada y, con voz serena, pero poderosa, me dijo: "Lucha contra el monstruo. Puedes vencerlo". Y se alejó majestuosamente al trote. Pero el monstruo estaba

dentro de mi cabeza.

No era extraño que me hubiera quedado dormida, ya que aquel guapo repartidor de periódicos me había despertado a las siete y media. Me desperecé encima de la cama como un gato y por unos instantes me solacé recordando al jovencito de la mañana. Singularmente atrayente. El sol entraba ahora con fuerza a través de la ventana enrejada y hacia pedazos mi cuerpo desnudo. Con un gesto instintivo me rocé la frente, porque estaba segura de que antes de marcharse Arturo había depositado allí uno de sus pocos besos.

Desde el pasillo, con doce solemnes pisadas, entró el mediodía. Me enfundé en unos pantalones holgados, llenos de flores, y luego me sumergí en una enorme camisa de largos faldones. Y mientras abría la ventana me vi reflejada en el espejo de pie. Una luz diáfana bañaba mi desastrada imagen y la hacía resplandecer, como si yo misma fuera un hada hermosa, aunque un tanto incongruente en su vestimenta, envuelta con el lejano trino de los pájaros y el aroma de la hierba. Estaba bien sentirse como un hada. Desde el espejo me devolví una sonrisa ajena, que parecía comprenderlo todo con una total penetración y fundirse en un universo entero y sin secretos. Con ese sentimiento de comunión espiritual para el que incluso la muerte parece tener un sentido. Sin embargo, también sabía, por experiencia propia, que este exaltado estado de bienaventuranza se extingue como un chispazo. Así que pasó una de las omnipresentes nubes, cubriéndolo todo de color ceniza, y el momento se desvaneció inevitablemente. Volví a ser una mujer de treinta y tantos, despeinada y con ropas viejas, abriendo una ventana. Salté sobre las hojas que cubrían el suelo, intentando no romperlas, al tiempo que consideraba si realmente valía la pena recogerlas.

No todos mis días en Portugal, evidentemente, estuvieron impregnados de este misticismo naturalista que describo, pero esa luz pálida y ese sentimiento de compenetración con el mundo (mi mundo, en realidad), han quedado ligados indisolublemente con mis recuerdos de aquella época. Tras el velo de la memoria, que ennoblece y lima las asperezas en lo más lejano, quizá ni siquiera son reales. ¿Quién sabe? Más aún, ¿a quién le importa en realidad?